

# Síntesis de Quevedo

Escribe: EDUARDO CARRANZA

Vida patética, contradictoria y ardiente la de este gran don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad.

La decoran el desafío y su rosa de sangre, el amor y su bermeja rosa; la ennoblecen la teología y el ensueño, la poesía y la caballería; le prestan drama y dinamismo la navegación entre sirenas y la andanza entre puñales; y el dolor y el heroísmo le dan su atmósfera magnética. Al frente de sus empresas hubiera podido inscribir el viejo lema castellano: "En una de sus manos tenía la espada y con la otra movía la pluma".

Al igual que la de otros claros varones de la España dorada —Cervantes, Loyola, Lope de Vega— es la suya una existencia de contraste —barroca— cuyas peripecias alternan entre el ocre verismo de las novelas de picardía y el idealismo delirante de los relatos caballerescos. Y a veces la corona el halo galán de los romances. Estudiante en Alcalá y Valladolid; teólogo, humanista y erudito precoz; amante pendenciero y fogoso; guerrillero en la vida y en las letras; político insigne de la España hegemónica; diplomático de estatura europea; conspirador en Venecia; consejero de reyes y magnates; amado y odiado, temido y temible; predicador en el desierto; cantor en soledad de soledades; humorista tétrico y genial novelador; español de mil seiscientos con los ojos fijos en el imposible; hay quienes consideran a don Francisco de Quevedo como el más alto y acabado ejemplo, como el más excelso individuo de la raza hispánica. Sus colores —todo grande escritor los tiene— son el negro filipino, el violeta mortal, el morado católico. Su filosofía es el estoicismo cristiano de ascendencia hispano-lati-

na. El fondo de su estampa es el acerado, nebuloso y llameante cielo que pintó el Greco sobre los barrancos y las torres de Toledo.

Toda la obra de Quevedo, ora satírica, ora admonitiva, tiene un claro sentido moral y ejemplarizante. Su acento solemne y meditabundo es una vez más —en la voz de ese gran poeta que es el pueblo español— el acento de la desilusión, del pesimismo trascendental, del ascético y melancólico renunciamiento, del estoico desdén por las caducas y fugaces cosas de la tierra. Allí resuenan de nuevo el eco del “Eclesiastés de España”, del “se nos va la vida apriesa, como sueño” de Jorge Manrique. Inmerso en el torbellino de su tiempo —mezcla brutal de lo sublime y lo rufianesco— Quevedo refleja con livideces y retorcimientos goyescos, la comedia humana de su siglo. Este poeta veía y oía lo que para otros aún invisible e inaudible: el desmoronarse del alma de la raza y de “las torres que desprecio al aire fueron”. Y empuña entonces, colérico y violento, la fusta de la sátira o alza contra los vicios su gran palabra admonitiva. Es el poeta de las ruinas, del tiempo y de la muerte, como lo fueron también el anónimo razonador de la “Epístola moral” y el cantor de la en un tiempo “Itálica famosa”. Mas no lo fue a la manera superficial y dulzona de los románticos. Sino en otra más tensa y auténtica. “Y es que una emoción solo tiene plenitud si tiene drama, y el drama exige, para lograr hermosura, que el alma afirme con parejo ahinco dos cosas de signo opuesto. Estos signos opuestos son epitafio y esencia de toda ruina, porque en ella el idioma de la vida en descenso, de la muerte que desmorona y aniquila, contradice la voluntad de permanecer, el reto al tiempo que todo edificio exalta, sea acueducto o arco, almena o templo”. Y en el alma de Quevedo latían dos dramas profundos. De una parte, su hambre de inmortalidad se alzaba contra la muerte patente en el torreón mellado, en la nave desmantelada, en la columna mutila y en el propio corazón encanecido:

*“Y no hallé cosa en qué poner los ojos  
que no fuera el recuerdo de la muerte...”.*

De otra parte su espíritu embebido en dignidad moral, en orgullosa austeridad, en sobrio patetismo, en certidumbres cristianas, en sentencias senequianas, se alzaba contra la vileza de la realidad circundante.

Bajo el suelo de España, arden las cenizas de Quevedo y arden al blanco sus huesos:

*“Serán cenizas mas tendrán sentido,  
polvo serán, mas polvo enamorado”.*

EDUARDO CARRANZA



FRANCISCO GOMEZ DE QUEVEDO  
Y VILLEGAS

## Los sonetos del tiempo y de la muerte

AMOR CONSTANTE MAS ALLA DE LA MUERTE

*Cerrar podrá mis ojos la postrera  
sombra que me llevare el blanco día,  
y podrá desatar esta alma mía  
hora a su afán ansioso lisonjera;*

*mas no de esotra parte en la ribera  
dejará la memoria, en donde ardía:  
nadar sabe mi llama la agua fría,  
y perder el respeto a ley severa.*

*Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,  
venas que humor a tanto fuego han dado,  
médulas que han gloriosamente ardido,*

*su cuerpo dejarán, no su cuidado;  
serán ceniza, mas tendrá sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado.*